

### III

#### Prosecucion del viaje. Llegada á la Habana. La guerra de insurreccion en Cuba.



os Sres. Jimenez y Fernandez me llevaban cartas del Sr. Presidente y algunas otras de introduccion, entre las cuales habia varias del Hon. Mr. Foster, ministro de los Estados Unidos, para los representantes de la misma nacion en diversos países del Asia. Tambien recibí con ellas una nota del Gobierno mexicano para el príncipe regente de la China, en la cual se le participaba el objeto de mi mision, y la que debia servirme para el caso de que fijase yo mi estacion en algun punto del Imperio Celeste.

No tuve ocasion de hacer uso de esta credencial, pero me fué sumamente útil una de las cartas de Mr. Foster. Tengo, por tanto, el mayor agrado en manifestarle aquí mi gratitud por ese espontáneo servicio, que me proporcionó la oportunidad de ponerme en relacion con varias apreciables personas, y muy especialmente con el Hon. Mr. John Bingham, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de los Estados Unidos en el Japon. Mas adelante haré particular mencion de las

atenciones y positivo empeño por ayudarme, con que Mr. Bingham correspondió á la recomendacion del Hon. Mr. Foster.

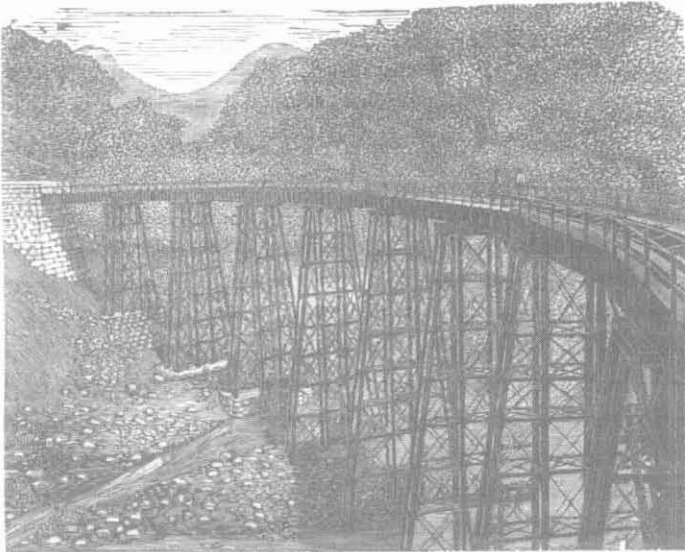
Nuestra corta permanencia en Orizaba nada ofrece digno de narrarse. Empleábamos el tiempo el Sr. Jimenez y yo en arreglar nuestro futuro plan de operaciones, ya discutiendo acerca de los diversos procedimientos que podriamos poner en práctica para determinar las posiciones geográficas de nuestras estaciones, con el fin de escoger los mejores y los mas á propósito para nuestras circunstancias, ya dando á este señor mis instrucciones para el caso posible en que tuviéramos que separarnos.

Entre estas le previne, que pues la fiebre ó vómito estaba todavía muy fuerte en Veracruz y en las Antillas, y seria posible que cayese yo enfermo al pasar por esos lugares, tomase en tal caso inmediatamente el mando de la expedicion, y continuase el viaje sin detenerse por mí, dejándome recomendado al cónsul mexicano ó al de alguna nacion amiga. Le dije igualmente que para el caso de caer tambien enfermo, hiciese igual prevencion al Sr. Fernandez, pues lo que importaba era que las observaciones se verificasen. Por eso, y con el objeto de que todo el personal de la Comision estuviese al tanto de mi plan de trabajos, comunmente hablaba yo de él con todos. De esa manera, y contando con el celo bien conocido de mis compañeros, estaba yo seguro de que al menos alguno de ellos trataria de realizarlo si el Sr. Jimenez y yo sufriamos algun accidente que nos impidiese dirigir personalmente las operaciones.

Por fin, el 22 recibí un telégrama de Veracruz en el que se me daba aviso de haber fondeado el vapor correo frances, y en consecuencia dispuse inmediatamente la continuacion del viaje. A las doce del mismo dia tomamos el ferrocarril, y llegamos al puerto á las cinco de la tarde, despues de haber continuado admirando el resto de las obras de esta vía, á las que da aun mayor realce la exuberancia y la lozanía de una natulaleza legítima-

mente tropical. Llamen la atención entre ellas, además de varios túneles, los puentes de la Soledad, de Paso del Macho, del Chiquihuite y el que atraviesa el profundo barranco de Metlac. Este último tiene una altura de 31<sup>m</sup> 5 sobre el lecho del torrente, una longitud de unos 140<sup>m</sup> y un radio de 99<sup>m</sup>, pues está construido en línea curva.

Supe en Veracruz que el vapor no se haría á la mar sino hasta el día 24, y que no era el mismo que se esperaba sino un buque pequeño de unas 800 toneladas, que se había encargado en las Antillas de traer la correspondencia y parte de la carga, conducida hasta allí por el vapor frances con un poco de atraso, á causa de algunas averías que sufrió casi al dejar las costas de Europa. Como no estaba yo en circunstancias de mostrarme descontentadizo, sino que por el contrario tenía la resolución de que nos embarcásemos en el primer barco que hubiera, se dispuso todo lo necesario para nuestra partida hácia la Habana, á fin de tomar allí el vapor que primero



Puente de Metlac

saliese para los Estados Unidos. Varios amigos de Veracruz me favorecieron con gran número de cartas de recomendacion para la Habana. El Sr. D. Antonio Gamboa, administrador de la aduana marítima, me dió una para el Sr. Hoffmann, cónsul mexicano en aquella ciudad. El Sr. Diaz Miron no se conformó con darme recomendaciones, sino que tuvo especial empeño en que aceptase yo algunas cartas de crédito contra varias casas de comercio. No hice uso de ellas, porque no fué necesario, pero me complazco en consignar este rasgo de mi compatriota y amigo, que demuestra una fina accion de amistad, y el interes con que en general se veia la expedicion. Todo el día 23 se empleó en hacer los arreglos necesarios para el embarque de nuestras cargas y *bagajes*, en lo cual nos prestó positivos y eficaces servicios el Sr. Gamboa, vigilando casi personalmente la operacion, á fin de que no sufrieran en manera alguna los instrumentos. En la tarde recibimos los últimos telégramas de despedida de nuestras familias y amigos que se habian quedado en México. ¡Qué tristes son esas postreras expresiones del amor y de la amistad en los momentos de emprender un dilatado viaje!

No sé si los que ven partir al esposo, al padre, al hermano, resentirán mayor tristeza que el que va á partir: un conocido proverbio español emite esa creencia, pero si es cierta, debe ser muy profundo el desconsuelo de los que se quedan. Por lo que á mí toca, creo que el irse como yo á un país remoto, enteramente desconocido, llevando el peso de una gran responsabilidad, debe hacer excepcion á la regla general. Así lo sentia por lo menos, y solo el convencimiento de la importancia que para mi patria tenia la expedicion, sostuvo íntegro mi propósito de no retroceder.

Muchas veces me he embarcado y desde muy niño conocí el mar. He pasado fuertes temporales en medio del Oceano, y aun en una ocasion estuve á punto

de morir en él. Sin embargo, fuera de algunos instantes muy pasajeros, jamás he experimentado el terror que he visto en otras personas en momentos de algún peligro. No es esto ni una prueba de ese valor ciego é irreflexivo indigno ciertamente de un sér racional, ni tampoco el resultado de una estúpida ignorancia; sino que mi tranquilidad en tales momentos, proviene, por una parte, de la profunda fé que tengo en la ciencia, la cual me inclina á considerar como muy remoto el riesgo de un naufragio, y por otra, de la conviccion de mi completa impotencia para luchar contra los vientos desencadenados y las olas embravecidas. Todo esto me produce una especie de serenidad ó de resignacion que me hace ver el peligro con relativa tranquilidad.

Establecido esto, se comprende que jamás experimento, al embarcarme, la menor emocion originada por el temor de un accidente posible; sin embargo, la experimenté, y muy fuerte, en los instantes de dejar las playas de mi país el 24 de Setiembre á medio dia. Creo que ninguna de las personas que nos acompañaban la notó; y aun recuerdo que al desprenderse del muelle el bote que nos conducia, tomé la bandera que flotaba en su popa, y dí un «viva» á la Nacion. No sé lo que sentia en aquellos momentos: estaba ya habituado al pensamiento de un viaje largo, tal vez peligroso, y de seguro incierto en cuanto á sus resultados; pero hay instantes en que se condensa, se materializa, por decirlo así, una resolucion tomada de antemano, y entonces se condensan á la vez todas las ideas que la han precedido y acompañado. No parece sino que mientras estaba pisando el suelo de mi país, mi decision no era una realidad; pero tan pronto como sentí deslizarse sobre las olas la frágil embarcacion, mi partida era cierta, el abandono de los míos evidente, el temor de no alcanzar buen éxito mas grande, y mi responsabilidad mas abrumadora. Varios amigos nos acompañaron á bordo del «Caravelle.» Momentos antes

de partir el vapor, nos dieron los últimos abrazos; pero aun despues de tirado el cañonazo con que el buque saluda al puerto, permaneció conmigo el Sr. coronel Lalanne, manifestándome la intencion de acompañarme algunos momentos mas, para volverse en el bote del práctico, tan pronto como este hubiera sacado al «Caravelle» del canal formado por los bajos que hacen tan peligrosos la entrada y la salida de los buques en Veracruz. Fué pues el coronel el último compatriota á quien estreché la mano, y á quien hice el encargo de trasmitir mi postrera despedida al Señor Presidente y á mi familia.

Dos horas despues todos los pasajeros agrupados en la popa, veiamos perderse entre las brumas del horizonte las elevadas montañas que sostienen la extensa altiplanicie de Anáhuac. El pico de Orizaba, llamado poéticamente por los navegantes «la paloma de América,» estaba cubierto de nubes, y por tanto no pudimos seguirlo con la vista hasta verlo desaparecer tras de la curvatura del mar, interpuesta entre él y nosotros. El mar estaba en completa calma, de modo que con excepcion de algunas señoras de una organizacion demasiado delicada, nadie resentia los efectos del mareo, aunque el calor era intensísimo. Con ese bullicio que siempre se nota á bordo el primer dia de navegacion, cada cual procuraba instalarse con la mayor comodidad posible, ya en su camarote, ya sobre cubierta. Se formaban grupos, se comenzaba á entrar en esa expansiva franqueza á que espontáneamente se sienten inclinadas las personas que van á permanecer por algunos días reunidas en un estrecho espacio, y por decirlo así, en familia. Ese espíritu comunicativo es muy natural entre los individuos de las razas meridionales; pero en el mar lo he observado hasta entre los ingleses, pueblo el mas ceremonioso y seco del mundo. Personas de esa nacionalidad, que probablemente en tierra no dirigirian la palabra á un desconocido sin el previo

requisito de la presentación, se hacen mucho más comunicativas en el Océano.

Los habitantes temporales del «Caravelle» eran mexicanos, franceses y españoles. No hay pues necesidad de decir que á las pocas horas de navegación ya no éramos extraños unos para otros, y que cada cual sabía los nombres de los demás y los lugares adonde se dirigían.

En cuanto al barco, era molestísimo: su pequeñez hacía intolerable sobre cubierta el calor emitido por la chimenea; y la cocina colocada en el entrepuente y hacía la proa, ni nos dejaba ignorar los preparativos de las comidas, ni cesaba de transmitirnos esa multitud de olores, tan repugnantes siempre y acaso más en el mar. A pesar de esto casi la totalidad de los pasajeros, aun los mareados, permanecían arriba, porque la cámara, muy estrecha, tenía una temperatura insostenible.

Todo en este mundo es esencialmente relativo. La brisa del mar, que tanto apetece a los habitantes de nuestros puertos, á mí, morador de las tierras altas, siempre me ha parecido caliente. En Veracruz, en New Orleans, en la Habana, y más tarde en el Sur del Asia, sobre todo entre Singapur y Ceilan, la tal *fresca brisa* me ha producido el mismo efecto que la que saliera de la boca de un horno. Bien es verdad que en estos últimos mares nuestros termómetros llegaron á señalar, colocados en la sombra, ¡40 grados centígrados!

En el Golfo, sin embargo, la temperatura nunca excedió de unos 31°; pero como en el interior del buque era quizá algo mayor, casi todos los pasajeros del sexo masculino se decidieron á dormir sobre cubierta. Curioso era ver como cada uno iba apareciendo á cierta hora con su almohada y algunas mantas para disponer su lecho, acomodándose en la popa de la mejor manera que le era posible. Yo seguí el ejemplo general la primera noche, pero no volví á imitarlo en lo sucesivo; porque

mucho antes de amanecer, esto es, á la hora en que una disminucion del calor comenzaba á dejarme dormir, me despertaron los marineros con la mayor cortesía para notificarme que era tiempo de dar principio al aseo del barco. Y tuve que levantarme lo mismo que todos los demas, so pena de recibir un copioso baño de agua de mar, arrojada á tonentes por los elásticos tubos de las bombas que se emplean en el baldeo.

Desde el segundo dia de viaje comenzó á soplar el viento del Noreste, y continuó casi sin variacion alguna hasta llegar á la Habana. Como el rumbo que llevábamos era casi el mismo (de 50° á 60° N. E.), el viento nos fué constantemente contrario, no permitiendo que el velámen aliviase el trabajo de la máquina. A pesar de esto el «Caravelle» hacia sus ocho ó nueve millas por hora, pues las olas eran tan pequeñas que no retardaban de una manera perceptible su marcha normal. En la tarde del 25 pasamos á unas tres ó cuatro millas al Norte del famoso arrecife de «los Triángulos» que se distingue bien á distancia por la espuma que levantan las olas al romperse contra las locas. Lo mismo sucede con el no menos peligroso arrecife de «los Alacranes,» que dejamos al Norte el dia 26 poco despues de medio dia.

No obstante la calma del mar, verdaderamente excepcional en el Golfo hácia la época de los equinoccios, varios de los pasajeros sufrían mucho por el mareo. El movimiento lateral del barco era casi nulo, y poco sensible el de proa á popa; pero quizá el calor fué la causa principal de la enfermedad. Aunque yo nunca la he padecido ni en medio de los mas fuertes temporales, experimentaba entonces ese malestar producido siempre por una alta temperatura, malestar enervante que no permite ocuparse en trabajo alguno activo. En consecuencia, sin poder hacer otra cosa mas que leer á ratos, esta primera parte de la navegacion me fué verdaderamente tediosa, pues ni aun el «Caravelle» estaba provisto de piano, de



juego de ajedrez ú otros medios análogos de distraccion, que hacen pasar menos fastidiosas las largas y monótonas horas de un viaje marítimo.

En tales circunstancias, cualquiera cosa que rompa esa monotonía, es un incidente que llama la atención del navegante. Una disputa entre los hombres de la tripulación; la aparición de uno de esos ejércitos de puerocos marinos, llamados comunmente delfines ó toninas, que saltan sobre las olas mostrando sus rojizos y encorvados dorsos, semejantes al segmento de la rueda de un carro; el encuentro con otro barco, que se distingue desde que se presenta en el horizonte, por su penacho de humo negro ó por sus blancas velas; la cosa mas insignificante, en fin, atrae á todo el mundo sobre cubierta. Entonces se recurre á los binóculos, se entablan discusiones sobre el tamaño de los monstruos marinos, sobre la nacionalidad y hasta sobre el nombre del buque, que apenas se vé como un punto negro allá en el confín del horizonte.

El 28 al amanecer comenzaron á distinguirse las costas de Cuba hácia el Sur, y á eso de las ocho de la mañana se presentó á la vista por el Norte un vapor bastante grande, que parecia procedente de los Estados Unidos y dirigirse al mismo puerto que el nuestro. El excelente Mr. A. Coup, capitan del «Caravelle,» cuyo fino trato y francas maneras nos habian hecho olvidar no pocas veces el tedio de la travesía, comenzó á observar el vapor, y con su ejercitada vista de marino auxiliada por un poderoso antejojo, supo á los pocos momentos lo bastante para contestar á las preguntas que le habia yo hecho acerca de aquella embarcacion.

«No cabe la menor duda, me dijo, de que el que tenemos á la vista es un vapor de los Estados Unidos. Observe vd. la enorme altura del casco, característica en los buques anglo-americanos. Es probablemente alguno de los vapores mercantes que hacen el comercio y conducen pasajeros entre la Habana y New Orleans ó New York, y como se volverá dentro de dos ó tres dias

para alguno de estos últimos puertos, puede vd. estar seguro de cumplir su deseo de volverse á embarcar en la Habana sin pérdida de tiempo para los Estados Unidos.»

Estos informes me llenaron de contento, y poco despues los ví, en efecto, comprobados; porque el otro vapor fondeó una media hora despues que el nuestro, esto es, á las diez y media de la mañana, en la amplia y hermosa bahía de la Habana. Era el vapor «Yazoo,» procedente de New Orleans, y que deberia hacerse á la mar de allí á dos dias con rumbo á Filadelfia.

No habiendo en la bahía otro vapor listo para partir á los Estados Unidos antes del 30 de Setiembre, me resolví á tomar pasajes en el «Yazoo,» y para arreglar el trasborde de los bagajes bajé inmediatamente á tierra, pues sabiendo por experiencia propia cuál es la rigidez de las leyes aduanales en la Habana, temía encontrarme con alguna dificultad que me ocasionase lo que mas me espantaba entonces, una dilacion en el viaje. Dejando todo á bordo del «Caravelle,» me dirigí á la casa de nuestro cónsul, el Sr. Hoffmann, quien desde luego y con toda eficacia, puso una carta al general Concha, Marqués de la Habana y Capitan general de la Isla, esplicándole el objeto de mi viaje, y pidiendo el permiso de verificar el trasborde al vapor anglo-americano sin que se abriesen las cajas por temor de algun accidente de que pudiesen resentirse los instrumentos.

El Capitan general contestó dando su anuencia, y como el «Caravelle» estaba haciendo su descarga para proseguir su viaje hácia la Martinica, mandó que se guardasen nuestros objetos en los almacenes de la aduana, hasta que el «Yazoo» comenzase á recibir carga despues de desembarcar la que traia. Se hizo así, y las mismas lanchas de los carabineros, gratificadas por mí, se encargaron de bajar á tierra y de embarcar despues los bagajes.

Encontré la ciudad notablemente decaída respecto de como la conocí hace unos catorce años. Los efectos de la guerra civil que devora á la rica colonia, se hacen ya sentir en su opulenta capital. Hay todavía en ella mucho movimiento, el comercio continúa siendo activo, multitud de buques de todas las naciones marítimas de Europa y de América se apiñan en sus extensos muelles; pero se nota en los habitantes el malestar que proviene de la desconfianza, de las persecuciones, de la menor circulacion de numerario, frutos todos de las guerras intestinas. Algunos empleados del gobierno se quejaban de no recibir puntualmente el pago de sus haberes, y maldecían con las palabras mas enérgicas del idioma, el estado de cosas que los habia llevado á tal extremidad.

Aun el aspecto material de la ciudad no era el mismo que antes. Sus estrechas calles desaseadas, fangosas, sobre todo en la parte antigua y mas comercial de la poblacion, mantienen el gérmen de la terrible fiebre amarilla, que hace anualmente tantas víctimas entre los extranjeros, y con especialidad entre las tropas de la Península que el gobierno se ve obligado á renovar continuamente para sostener su dominio en la rebelde colonia. Me refirieron, entre otros, el hecho de haber quedado solo 400 hombres vivos ó útiles, entre mas de 3,000 llegados durante la fuerza de la enfermedad del último verano.

Si en todo esto no hay exageracion, y probablemente no la habrá atendidas las condiciones climatológicas de la Isla, debe ser inmenso el número de vidas que cuesta á la España el sostenimiento de la guerra, y la España asolada tambien y debilitada por las luchas intestinas en su propio territorio, desarrolla una energía verdaderamente heroica al insistir á toda costa en la conservacion de sus posesiones de América. Hay, sin embargo, en esa constancia acaso un fondo mas bien de orgullo que de prevision, de dignidad mas que de

conveniencia, pues es imposible que desconozca todo lo que le enseña la historia de su pasado. Este le demuestra que el inmenso territorio de las colonias que hace tres siglos se vió obligada á cubrir con su propia poblacion, contribuyó no poco á su decadencia; y que por el contrario, la época en que comenzó de nuevo á recobrar su antiguo esplendor, coincide con la de la emancipacion de las posesiones que tenia en América, y por tanto con la concentracion de sus recursos y de su vitalidad en la Península.

Por otra parte, no puede España dejar de comprender que Cuba alcanzará tarde ó temprano el objeto de sus esfuerzos; porque la emancipacion de los pueblos es respecto de las sociedades una ley tan exigente como la relativa á los individuos. En consecuencia, sus hombres públicos deberían tal vez desprenderse un poco de la pasion del momento, para esforzarse en buscar un término decoroso y digno á esa lucha tan estéril como sangrienta y destructora.

En cuanto al pueblo cubano, interesante como es combatiendo por su libertad, tiene, á mi juicio, elementos muy desfavorables para poder esperar un porvenir halagüeño llegada la hora de su emancipacion. Una poblacion heterogénea, compuesta próximamente de una tercera parte de raza blanca, española ó criolla, y de dos tercios formados por la raza africana y sus diversas mezclas; profundamente arraigada entre ambas fracciones la antipatía de sangre, y en la primera la aversion, el desprecio hácia la segunda, engendrados por la institucion de la esclavitud, no es racionalmente de creerse que aun despues de muchos años llegue á formar un cuerpo compacto, con la vitalidad necesaria para desarrollarse y prosperar á la sombra de instituciones libres. Sus caudillos decretarán la manumision de los esclavos, proclamarán la igualdad de los ciudadanos y expedirán todas esas leyes que el espíritu metafísico moderno ha inventado en lugar de los exorcismos y

conjuros de otra época, y tan eficaces como ellos, para remediar por la sola virtud del ensalmo todos los males de la sociedad. Pero la inmensa desigualdad que existe y existirá de hecho entre la educación, la instrucción y la dignidad que de estas procede, de una raza respecto de la otra, es y será por mucho tiempo más fuerte que las leyes; porque esa desigualdad reconoce por origen causas que no obedecen á las simples prescripciones de un código. Dos ó tres generaciones, por lo menos, bajarían al sepulcro antes de que fuese posible difundir suficientemente entre las masas la instrucción indispensable para su emancipación real, y que es el único elemento capaz de establecer, hasta cierto punto, la igualdad de los hombres. Entretanto, la guerra civil con todos los horrores de que la reviste la diferencia de razas, sería el porvenir inmediato de ese pueblo infeliz; esto es, un estado social cuyo primer resultado es precisamente el de trastornar de continuo el orden público, base necesaria de todo progreso positivo.

Aun en medio de las pasiones que enciende la guerra, el buen sentido del pueblo, guiado por el poderoso aliciente de sus intereses, es á veces más cauto y previsor que las individualidades, casi siempre entusiastas, pero generalmente poco prácticas, que se constituyen en sus caudillos. Así por ejemplo, el partido independiente de Cuba me han asegurado que se compone, ó al menos se componía, de dos fracciones con tendencias diferentes: la una entusiasta y alucinada por la esperanza de su autonomía, desea la emancipación completa sin preocuparse de lo que vendrá después; y la otra formada en su mayor parte por los comerciantes, hombres de negocios, propietarios, etc., quiere la anexión de la Isla á los Estados Unidos, como miembro de la Unión anglo-americana.

Esta última fracción funda sus opiniones, según se dice, en la creencia de que una gran parte del pueblo,

con especialidad la raza esclava, tan mal preparada para pasar repentinamente de su actual abyeccion á un estado de cosas que la llamaria á tomar parte en los negocios públicos, *no podria dejar de producir los resultados inevitables de tales precedentes*; esto es, el desencadenamiento de las pasiones, la anarquía, el atraso, el hundimiento de la nueva nacion. Y estos efectos funestos se evitarián, segun esa fraccion del partido independiente, á la sombra de un pueblo fuerte, que por lo menos contribuyese á establecer cierto equilibrio numérico entre la poblacion blanca y la negra. Dícese tambien que este partido, en el que se contaban no pocos peninsulares, *disminuye de dia en dia*, á consecuencia de la poca acogida, casi de la indiferencia que ha hallado en el pueblo anglo-americano.

No respondo de la completa exactitud de todas estas apreciaciones. Como las he oido las refiero, pues no tengo la nécia pretension de juzgar, de paso, á un pueblo entero. Mi patria ha sido á menudo objeto y casi víctima de esta clase de apreciaciones hechas por presuntuosos transeuntes de sus ciudades, para que yo me atreva á permitirme semejante ligereza, tratándose sobre todo de un pueblo hermano. Pero fuerza es confesar que si tal partido existe en Cuba, tiene en parte razon; y digo en parte, porque creo evidente la realizacion de sus temores, al mismo tiempo que falaz un remedio que consiste en último resultado en mudar de dueño y empeorar en el cambio, llamando en su ayuda á una tercera raza á la cual son antipáticas las dos ya existentes, y que es mas fuerte que ellas.

Pero dejando á un lado los resultados probables de un remedio cuya eficacia es por lo menos cuestionable, se ve de todas maneras que la fraccion tal vez mas influente del partido de la independendencia, procura desde ahora buscar el modo de contrarestar los inconvenientes que preve, llegado el momento de la emancipacion. Y nadie

pondrá en duda la influencia que tendrá la clase rica para hacer inclinar la balanza de los sucesos hácia el lado de sus opiniones, porque el elemento de la riqueza, móvil del comercio, de la agricultura y de todas las industrias, es hoy el reconocido é importantísimo productor del bienestar social.

Ahora bien, la anexión de Cuba á los Estados Unidos, ¿ es un suceso que deben ver con indiferencia las repúblicas hispano-americanas? ¿No constituiria tal suceso una formidable amenaza para los 40 millones de habitantes que las pueblan? Y de todas ellas, ¿no es México la mas inmediatamente amenazada? ¡ Singular situación sin duda es la que guardan los pueblos hispano-americanos, simpatizando con el cubano que lucha por una esperanza, quizá engañosa, de libertad, y temiendo á la vez la realizacion de esa esperanza!

Sin embargo, toda la América antes española, observa en silencio los acontecimientos, y no trata en manera alguna de darles una direccion conforme á sus intereses, como si en su indolente expectativa estuviese ya resignada á lo que *está escrito* de los fatalistas, ó al *destino manifiesto* de los anglo-americanos, fatalistas tambien, pero á su modo; esto es, encaminando los sucesos al resultado que de antemano se proponen. La indolencia de los hispano-americanos, se dirá, proviene de su impotencia: ninguna de estas naciones se halla en estado de ponerse al frente de la anglo-americana luego que llegue el caso que todos temen. Esto es cierto; pero tambien lo es que si individualmente es débil cada uno de estos pueblos ante los Estados Unidos, podrian no serlo colectivamente, y el peligro comun les obliga á proceder de acuerdo en este y otros casos semejantes.

No intento indicar con estos conceptos que las repúblicas hispano-americanas debieran disputar á mano armada la posesion de Cuba, ni contra la Confederacion

del Norte ni mucho menos contra la madre patria; pero si me parece que es ya tiempo de dar algunos pasos en el terreno de las negociaciones, para llevar á un término razonable, y por vias pacificas, la guerra actual; así como para guiar los ulteriores acontecimientos en un sentido favorable á nuestros comunes intereses, y tal vez á los de la Europa. Trabajo será el primero de la diplomacia, no de las armas; y el segundo de la accion moral de todos los interesados, combinada con la conveniencia del pueblo cubano, la cual es el resultado de la casi identidad de condiciones en que se encuentra con las demas potencias del mismo origen.

Tengo una idea demasiado elevada de la moderna España, para dejar de creer que habiendo demostrado ya que no cede ante la fuerza, no acogiese con magnánima benevolencia una franca y cordial iniciativa de nuestros gobiernos. Y esta le proporcionaria quizá los medios de acelerar de una manera digna y noble un suceso que mas ó menos pronto habia de tener su verificativo y complicándola acaso en un guerra desastrosa con la potencia mas fuerte del nuevo mundo. Hallaria así la solucion honrosa de una situacion que solo puede arrostrar por dignidad, haciendo todo género de sacrificios y probablemente sin esperanza alguna.

Por lo que respecta al pueblo cubano, ayudado en sus esfuerzos de emancipacion por sus hermanos; palpando el contraste de la iniciativa de estos con la indiferencia de los anglo-americanos, demasiado seguros de su presa para darse el trabajo de conquistarla; viéndose ligado por el mas poderoso de los lazos, cual es la comunidad de intereses, con las otras repúblicas de su raza; aleccionado por la experiencia de lo que estas han sufrido, seria su aliado natural. La parte entendida é influente de la nueva nacion contaria con el apoyo de las demas, para establecer unas instituciones que estuviesen en armonía con sus circunstancias y con sus



necesidades, y el mismo apoyo le evitaría acaso muchas de las dificultades que viéndose aislada, aunque libre, hallaría en su camino.

Si el pensamiento del gran Bolívar no ha podido realizarse hasta hoy, realícese al menos para conjurar el peligro comun; pues aun suponiendo que los sucesos futuros hayan de ser en todos casos funestos para nuestra raza, menos doloroso y mas digno nos será sufrir sus efectos con la conciencia de haber procurado evitarlos, que ser víctima de ellos, dejando á nuestros pósteros la fundada creencia de que sus padres hubieran podido acaso conjurarlos en su origen.

